

Lobos marinos

Hay momentos en la vida que mirar una fotografía hace que se te erice la piel y te quedes sin palabras. Ni siquiera puedo decir que era una gran foto, era una de esas típicas que sacaban los fotógrafos que deambulaban con sus máquinas antiguas por la rambla cerca del que por ese entonces era el hotel Provincial. Esa foto, con las pegatinas doradas en las esquinas, tiene mas de cincuenta años y el haberme encontrado con ese álbum que había quedado en mi pasado me aterró de nuevo.

Recuerdo que para mamá estar en Mar del Plata era como volver a vivir, respirar el aire que venía del océano, era su momento único e irrepetible. Mi hermanita recién tenía tres años y yo no la dejaba ni a sol ni a sombra. Siempre de la manito, con miedo a que se perdiera. Los tíos la llamaban la hormiga atómica porque corría por todos lados y nunca se cansaba. Yo había experimentado esa mañana, mientras jugábamos con nuestros baldecitos bajo la sombrilla, como llevaban en andas a un nene que lloraba a moco tendido porque se había perdido. Todo el mundo aplaudía. Yo no pude quitar de mi mente hasta día de hoy el sufrimiento que estaba experimentando ese mocoso. Nunca me iba a perdonar si mi hermanita se perdía como ese chico.

Por esa época no había celulares, tampoco había máquinas de fotos digitales, era una época que te alcanzaba para lo justo y eras un bendecido del cielo si podías ir una semana de vacaciones al año.

Papá en un ataque de despilfarro impensado quiso inmortalizar ese momento y al primer fotógrafo que se acercó con cara de lástima le pidió que nos retratara por siempre. Mamá, papá, Helenita, yo y el monumento de los lobos marinos por detrás.

De chico, me habían inculcado que mi obligación como hermano era cuidar a mi hermana y así fue como le espanté a toda persona del sexo masculino que se la acercaba hasta que cumplió la mayoría de edad. Pero quiero volver a ese momento que me había marcado para siempre. Una hora antes, tipo cinco de la tarde, papá estaba suelto de bolsillo y se le antojó comer una de esas picadas con quichicientos platitos que te sirven en esos boliches que están a solo unos metros de los lobos marinos. A mi no me gustaba ninguno de esos bichos y menos las fritangas, por eso nos habían comprado una chocolatada con una medialuna a cada uno. Helenita iba siempre con un peluche de acá para allá, era una especie de burrito con patas de alambre y ojos saltones. Mi hermana y yo terminamos primero la merienda. Ella dejó el muñeco sobre la mesa y empezamos a jugar a la mancha pared mientras mis padres terminaban de engullir todos los platitos que ocupaban toda la mesa. Papá pagó la cuenta y hasta le dio un billete de propina al mozo. Salimos tranquilos, mis padres estaban con la panza llena y cuando pasamos frente a los lobos marinos el fotógrafo se acercó y nos ubicó para que nos sacara la foto perfecta. Papá a la izquierda con los brazos cruzados, a su derecha mamá y adelante, con nuestra mejor sonrisa, mi hermanita y yo. El señor le dio una tarjeta a papá para que pasara por el local a retirar la foto cuando estuviese revelada.

En ese momento ocurrió lo peor.

—¿Dónde está Helenita? —fue el alarido de mamá que me perforó el tímpano.

Yo salí corriendo, al igual que todos en su búsqueda. Por un momento pensamos que podía haberse metido al mar. Yo prometí a Dios que no haría más travesuras, no me podía imaginar una desgracia.

Mamá gritaba como una loca y buscaba a un policía por las dudas que la hubieran secuestrado. Nos dividimos para su búsqueda los tres y hasta el fotógrafo empezó a correr hacia ninguna parte. El punto de encuentro iba a ser los lobos marinos, esa era la premisa ordenada por papá. Yo me metí en el hotel, corrí por los pasillos y los turistas me miraban extrañados ante mi desesperada pregunta. Subí y bajé escaleras y luego doblé hacia la derecha. Salté unas vallas y me metí en el casino que estaba cerrado. Miré por debajo de las mesas de ruleta y las de punto y banca. Mi hermana había desaparecido y yo no quería volver a enfrentarme a mis papis sin traerla de nuevo de la manito. De pronto veo un cuadro inmenso sobre la pared, donde estaba el Libertador San Martín con los granaderos cruzando los Andes. Un hombre de seguridad me tomó del hombro para echarme, pero pude zafarme. Salí a la calle, di la vuelta a la manzana y volví al restaurante de los platitos. Entré, ahí estaba Helenita sentadita en una mesa con su burrito. Desde ese día, para mi... ese burrito se llamaría el burrito de los Andes.